

Ellos de ti no se olvidan,
 De hablar de ti no se cansan:
 Hónrante como á patrono,
 Y tu protección demandan;
 Conmigo lloran tu ausencia,
 Conmigo padre te llaman.

La poesía

EN LA GRECIA MODERNA (1)

¿Cuál de nosotros, en la época de colegial, en día de riña con los cuadernos y los libros, á la hora en que la mente se fuga de los claustros, no se ha ido en espíritu á Grecia, la comarca mimada, de cielo tan puro, de montañas rosadas en la cumbre; jardín magnífico embalsamado por laureles y magnolias, donde los ruiseñores de Lócrida pueblan el aire de trinos y arpegios á que no llegaron Gounod ni Massenet, donde los árboles dan oráculos en versos amorfos como simples poetas decadentes? Una rara fascinación nos hacía ver efebos barbiponantes, de clámide purpúrea, más rubios que trigal maduro, empleados en cortar la cola á un mastín, como Alcibíades; egregios filósofos, de calva marfileña, que disertan á media voz sobre delicados problemas de estética, como Sócrates; generales retirados que cortan pilas de leña como Filopémenes. Perfilábanse ante nuestra fantasía los sitios pintorescos donde Céfiro, favorito de la primavera, suspira en el follaje; evocábamos la imagen de los felices pescadores que sacaban de las hondas naves fardos repletos de oro; la de pastores, tan hermosos como el propio Dionisio, inspirados por Apolo, dotados de armoniosa garganta, tendidos en lecho de lentiscos ó de frescos pámpanos, tocando la flauta campe-

(1) Extracto de un estudio que forma parte de la obra titulada *Etudes de Littérature étrangère—Ecrivains célèbres de l'Europe contemporaine*—París—Bloud et Barral. 2 vol. en 4.º

sina para recreo del rebaño de blancos cabritillos que ramonean el cýtiso en flor.

En aquellas comarcas, favorecidas por la sonrisa de los dioses superiores, todos los guerreros son Leonidas, todas las mujeres Aspacias, todos los edificios Partenones, todas las piedras vienen de Paros, todas las verduleras son puristas, como el vicerrector de la facultad de letras de París; todas las muchachas son *ó mortales ó diosas*, como se lo dijo Ulises, en dilema sin salida, á Nausicáa, lavandera de sangre real. Verdadero país de hadas, debe uno de andar por él, mirando el espacio, á ver si sorprende algún desagrado conyugal entre el padre de los dioses y su corpulenta consorte, Hera; ó si le toca presenciar el descendimiento de Vulcano á la isla de Lemnos, porrazo sin paracaídas que le costó—como es sabido—*una dislocación de la rótula con derrame sinovial*. Tierra de la elegancia suprema, donde las mujeres se perfumaban las manos con esencias egipcias, los pies con agua de sérpul, las mejillas con aromas fenicios, los cabellos con mejorana.

Bien peinadas con el clásico moño en la nuca, vestidas del ampeconio, calzadas con peribaridia, manejaban sin cesar el espejo de oro cincelado, instrumento indispensable desde el día en que Juno y Minerva perdieron el premio de la belleza por no haberse mirado en la pulida superficie del instrumento aquel, mientras se lo ganó la coquetona de Venus, que examinó hasta el menor detalle de su peinado en el metal brillante.

¡Grecia, cuna de las bellas letras, madre de las artes bellas; tierra que hacía palpitar el pecho á Cicerón y á Plinio; por cuya libertad se inmolaron Byron y Fabvier, en sublime rapto de heroísmo! Qué hermoso es llegar á tus riberas.... en sueños de estudiante!

Es mi barquilla leve
La concha azul de la deidad de Guido
Que esbeltos cisnes de color de nieve
Arrastran sobre el piélagos dormido.

Coro alano de amores
En torno nuéstro presuroso vuela:
Uno rige los cisnes voladores,
Otro coge los rizos de la vela.

La neblina incolora
Se rasga y huye con ligero paso,
Y al fin descuella la radiante Aurora
Sobre la erguida cumbre del Parnaso.

Y se abren á mi vista
Amplios paisajes ricos de primores,
Que va esmaltando como sabio artista
La helena luz, con vívidos colores (1).

¡Quién podrá creer á sus ojos, cuando, desde el puente del buque de vapor, el primer espectáculo que se presenta es el penacho de humo negro de carbón mineral lanzado por altísimas chimeneas, reveladoras de fábricas industriales? Ay! el Pireo de hoy no es un puerto de poéticos contornos; es una ciudad chica, menos que Mulhouse, Saint-Etienne ó Roubaix, pero del mismo estilo, con una Bolsa, un Círculo donde juegan billar mercaderes, negociantes, banqueros; una fábrica de vidrio, un telar de seda, seis de algodón, varios molinos, fundiciones, carpinterías; todo lo cual representa (Pericles, Epaminondas, asombráos!) una fuerza de mil caballos de vapor. Al pie de las rosadas cumbres del Parnaso, las palabras que oye el viajero son *docks, stocks, libreta de cheques, bobinas, warrant, poleas, máquinas....* Los automóviles circulan por la playa donde el campesino recogía la concha para dar su voto por el destierro de Aristides, el *Justo*; y en la clásica morada del ensueño tropieza úno con los kioscos en que venden los diarios: La Legalidad, EUNOMIA; El Amigo del Pueblo, FILOLAOS; La Regeneración, PALINGE-

(1) ANTONIO GÓMEZ RESTREPO—*Viaje á Grecia*—Hemos substituido con estos hermosos versos, los muy bellos de P. Lebrun que trae el original.—N DEL T.

NESIA, y otros venenos destilados en aquella alma humana tan sutilmente descrita por Platón, el filósofo de anchas espaldas. Sube uno á un carro; un automedonte con cachucha galoneada le entrega una cédula amarilla, y llega el viajero á Atenas en una tranvía de aire comprimido, sistema de Mánchester. ¡La Poesía ha muerto!... Viva la Poesía.

Tan viva está, que una simpática escritora, Mme. Adán, ha podido dividir la poesía griega moderna en cuatro escuelas diferentes: la *jónica*, la *ateniense*, la *de Constantinopla* y la *epirota*. Advertimos, eso sí, que por escuela jónica (cuidado con dejarse seducir por los recuerdos clásicos) no se entiende la que floreció al occidente del Asia Menor, sino la que hoy reina en las Islas Jónicas, entre las cuales, como nadie lo ignora, la principal es Zante.

Una minúscula ciudad italiana, graciosa y alegre, con altos campanarios venecianos, jardines llenos de árboles y flores, circundada de campos ricamente cultivados y dominada por moderna fortaleza con bastiones y contrafuertes, tal es Zante, la *fior di Levante*, como la llaman los italianos, el *paraiso terrenal* que dice Spon, la *isla de oro* como la nombra Robert. Allí no se siente uno en Grecia, adivina el influjo de una civilización más refinada debido á la dominación sucesiva de venecianos, franceses, rusos é ingleses. Por las calles se encuentran rostros que parecen arrancados de los lienzos de Bellini ó del Veronés; se alcanzan á columbrar cabecitas rubias hechiceras en las ventanas de los vetustos palacios, de portones esculpidos con escudos de armas de patricias familias. En las tiendas hablan italiano.

Corfú ofrece una reproducción en pequeño de la torre de Babel. Allí se oyen casi todas las lenguas, habladas por las narices, con perfección desesperante. Los indígenas prefieren el italiano, los campesinos el griego, los judíos el castellano, y los malteses una mescolanza en que los filólogos pueden pescar restos náufragos de todos los idiomas, analíticos y sintéticos, de que se ha valido el género hu-

mano de la dispersión de las gentes hasta hoy. Un posadero de Corfú echaba menos la dominación inglesa, porque en aquel tiempo dichoso los empleados tenían buenos sueldos que gastaban en opíparas comidas, regadas con vinos espumosos.—¿Y la corte? le preguntámos. ¿No viene aquí el Rey todos los veranos?—Pshé! replicó con supremo desdén. La Corte! lo que me importará la Corte! Esos griegos de Atenas no tienen ni un centavo. Ni un centavo! Siempre el dinero! como decía Harpagón. Pero lo ideal no pierde jamás sus derechos.

Que la literatura jónica tiene afinidades múltiples con la de Italia septentrional, y que, por el fondo y la forma, es más veneciana que griega, es verdad obvia, que no requiere mucha dialéctica para demostrarse. Desde el siglo XV, cuando la tiranía musulmana se dejó caer con todo su peso sobre las islas, los jóvenes de la aristocracia jónica compararon los antiguos protectores con los recientes tiranos, á Venecia con Bizancio, y se consagraron á pedirle á la reina potente del Adriático una cultura que los sustrajese á la degradación que amenazaba á sus hermanos del continente. Sería mucho decir, con François Lenormant, que la población insular hubiera opuesto tal dique á las invasiones, que hubiesen logrado trazar hondo lindero entre ellos y sus déspotas sucesivos. El pueblo jónico tiene de albanés, por el influjo de los colonos arnautas (1); de italiano, por sus relaciones con Venecia; de catalán, de francés y aun de eslavo, por los cinco años de dominación rusa. Pero en el fondo, griegos de origen, siguen siendo esencialmente griegos, por el entusiasmo irreflexivo, por el énfasis en la conversación, y por la mezcla de la astucia que hiere por la espalda con el valor indomable que ataca de frente.

En cada uno de ellos hay un Ulises, pero también un Diomedes impetuoso. ¡Cuántos nombres de héroes no figuran en el libro de oro de la guerra de Independencia!

(1) Pueblo nómada que vivía del pillaje.

Hugo Foscolo, el célebre escritor italiano, nació en Zante, y las borrascas de su estilo se formaron bajo el cielo ardiente de las Cíclades. ¿Cómo explicar de otro modo la embriaguez, los arrebatos de pasión que hierven en sus sonetos? En Zante vio también la luz primera el célebre Solomos. Italiano por el idioma y las aspiraciones, educado en las universidades de Cremona y Pavía, sintió que el corazón le palpitaba hasta hacerse añicos cuando oyó los primeros cantos de RHIGAS, el moderno Tirteo; y animado por su amigo Espiridón Tricoupis, se dedicó á hacer versos en su lengua materna, hasta el momento en que estalló su *Himno á la Libertad*, marsellesa de los helenos, grito sonoro y belicoso, aprendido y repetido en breve por la nación entera. "Un célebre compositor de Corfú, Manzano, le puso música; y se ha convertido en himno nacional, y los bandas militares lo tocan diariamente en la Plaza de la Constitución de Atenas y en la explanada de Corfú (1)." No es un espasmo de patriotismo sobreexcitado, enfermizo, epiléptico, y sin embargo sublime como el canto de Rouget de l'Isle; está en estilo cortado, anheloso, y narra la historia de la Libertad, desde el día en que "salió de los sagrados huesos de los helenos," peregrina en busca de auxilio, que ve que toda puerta se le cierra, que se responde á sus demandas con desdenes é injurias. El himno consta de unos cuarenta cuartetos. Reproducimos tres ó cuatro estrofas, del medio de la poesía, que nos llaman particularmente la atención:

Oh Libertad! ¿á dónde
Primero el ala tiendes?
Sorda al cobarde insulto,
Callas, no te conmueves,

Cual roca á cuyas plantas
Las olas se retuercen
Alzando leve espuma
Que pronto desaparece;

(1) Mme. Adan.

Cual peñasco que azotan
Huracanes y nieves
Sin conseguir que doble
Su alta, su eterna frente!

Si pierde sus cachorros
La tigre se estremece,
Ruge, salta, sembrando
Desolación y muerte.

Retumban ya los bronces,
Los hierros resplandecen,
Se oyen lamentos, gritos,
Y rechinar de dientes.

Diga lo que quiera el docto Fauriel, cuyo juicio es de inexplicable severidad en el caso presente, el canto por excelencia, para nuestro gusto, es el himno de RHIGAS. ¿Cuántos servicios no prestó á la causa de la Independencia el canto sublime que comienza por OS POTÉ PALLIKÁRIA, hasta cuándo, valientes! Es una mezcla de exaltación y de trivialidad, en que respira la franqueza, un llamamiento á los instintos más nobles de la raza humana, de aquellos cantos que, por su falta misma de adornos literarios, deslumbran la fantasía y enardecen los pechos. La siguiente anécdota no deja de ser instructiva: "Iba de viaje por el Epiro un griego, en compañía de un monje y un criado. En la posada, el mozo de servicio era ejemplar admirable de belleza y de fuerza. Después de la cena, llamó aparte al criado y le preguntó si sabía leer. Al oír la respuesta afirmativa, sacó el muchacho un tomo impreso y se lo dio al criado. A medida que éste iba leyendo, el rostro del oyente parecía transfigurado, con expresión de salvaje regocijo, apenas podía reprimir el gesto de amenaza á un enemigo invisible, y las lágrimas se le deslizaban por las mejillas, palidecidas de repente" (1). El libro que produjo aquel efecto era la colección de los cantos de RHIGA.

(1) Armand Carrel—Resumé de l'Histoire des Grecs modernes.

Volviendo al poeta SOLOMOS, entre las composiciones suyas que gozan de gran popularidad, en el suelo donde cantó Simonides, figura en primer término *El primero de Mayo*. No vaya el lector á figurarse nada semejante al *Cinco de Mayo* de Manzoni ni al de Béranger. El asunto es muy sencillo. Un padre de familia acaba de morir; el cuerpo esta descubierto en el ataúd, y ese día empieza el mes más hermoso del año. El primero de Mayo en Grecia, los jóvenes se diseminan por el campo para coger ramas olorosas y flores, que se riegan profusamente en los umbrales de las casas. Si el marco es ruiseño, el fondo del cuadro está impregnado de luto y de tristeza; ya van á llevar al cementerio al padre de familia, á quien el hijo ausente no volverá á ver jamás en esta vida. El poeta se dirige al huérfano:

Cuando vuelvas, no encontrarás de tu padre sino el sepulcro. Yo estoy viendo su rostro por última vez, y te escribo, hoy primero de Mayo.

Hemos regado las flores sobre su pecho yerto, porque anoche se durmió para no volver á despertar.

Estuvo tranquilo y apacible hasta el momento supremo, tal como lo estoy viendo al ora, cuando el alma lo ha desamparado.

Un instante antes de alzar el vuelo hacia el paraíso, levantó lentamente la mano, quizá para bendecirte por la postrera vez.

Aquí la idea de la muerte no se presenta con ningún carácter de horror: los griegos modernos no tienen por ella el supremo horror de Ifigenia, que la reputa umbral de la nada; ni la aborrecen como Tibulo, porque nos hace bajar á moradas sombrías donde no hay mieses ni viñedos.

Con SOLOMOS vemos la naturaleza endomingada, respiramos el acre aroma de los agabanzos floridos, y si tenemos un féretro á la vista, es el de un hombre que vivió mansamente, que terminó con serena resignación, y cuyo último ademán fue para bendecir á su hijo.

Con el de SOLOMOS hay que inscribir el nombre de KALVOS, también natural de Zante, también amigo de

Hugo Foscolo; catedrático de Filosofía en la Academia jónica (Corfú), y muerto, en su doble calidad de poeta y de filósofo, en la más completa miseria, en Londres, el año de 1869.

En 1824 publicó su primera colección de *Odas*, traducidas en breve al francés por Stanislaio Julien. Su asunto favorito es la guerra de Independencia, y su mejor poesía es la destinada á celebrar la proeza de Kanaris al incendiar la flota de los turcos. El mismo tema inspiró á Víctor Hugo su poesía *Canaris*.

Compare el lector:

Sólo oigo el mar que remolina mugiendo en torno de los navíos. Ah! de súbito desaparece ante mis ojos la escuadra enemiga; no se ven sino fuego y humo que suben hasta el cielo. Lejos, más allá del mar inflamado, vuelan juntas las dos oscuras navecillas. Devoran el espacio, se hunden, vuelven á aparecer, se sumergen de nuevo. El universo pone oído atento. Kanaris! grita la tierra aclamando el nombre del héroe.

Víctor Hugo dice:

.....Lors

Que le vaisseau couvert de fumée et de bruit

Tourne ainsi qu'une roue,

Qu'un flux et qu'un reflux d'hommes roule et s'enfuit

De la poupe à la proue;

Qu'on voit le lourd colosse ouvrir au flot marin

Sa blessure béante,

Et saigner à travers son armure d'airain

La galère géante;

Qu'elle vogue au hasard comme un corps palpitant,

La carène entr'ouverte,

Comme un grand poisson mort, dont le ventre flottant

Argente l'onde verte.

Es una crueldad, por no decir también una tontería, ponerse á comparar dos poesías, una en mala traducción en prosa; la otra en el texto original. Pero se nos figura que el pasaje de Víctor Hugo, aun trasladado á extranjero idioma, ha de sorprender por el cúmulo de brillantes imá-

genes que encierra. Y no cualquiera se deja poner en parangón con aquel mago de la rima y de la frase que escribió las *Orientales*.

En Zante, segunda patria de las nueve hermanas, nacieron también TERSTETIS, escritor en dialecto cléfico, poeta elegíaco, dramático y lírico; y TYPALDOS, de reputación mayor que sus congéneres. Apenas publicó, en 1856, su primer volumen de versos, su fama prendió en todos los países helenos como reguero de pólvora. Todos los jóvenes de uno y otro sexo se aprendieron de memoria la *Alborada*, reproducción en forma nueva del idilio eterno de los primeros amores. Poesías como esa, hechas de gracia, delicadeza y perfección de formas, no se pueden traducir; es preciso saborearlas gota á gota en el texto original.

Un estudio atento de TYPALDOS lleva á una conclusión interesante, y es que no tiene por modelos á los clásicos de la antigua Grecia, ni á los poetas de 1829, ni á los corifeos de la escuela lakista, ni aun á Byron, tan simpático á las almas griegas, sino á los alemanes, y no á los semidioses gemelos Goethe y Schiller, sino á los *dui minores*, á quienes no sólo imitó, sino que copió, pidiéndoles sus leyendas en préstamo. Al leer una de las del poeta griego, si úno no viera la firma creería que eran versos inéditos de Burger, Uhland ó Novalis. Poco de la serenidad helénica, muchas tumbas, poco del carácter griego, enamorado de la vida, de la luz, de las formas. Si hubiera que buscarle antepasado al TYPALDOS de las *Dos flores*, habría que dirigirse al Millevoje de la *Caída de las hojas*. En resumen, ¿qué son *Dos flores*? Un día el poeta ve á una muchacha en el pórtico de una iglesia (*La pauvre fille* de Soumet). Tenía una rosa prendida en el corpiño (Creuzé de Lesser); un año después vuelve al mismo sitio, pero en lugar de aquel sér "angelical y arrebatador" (Vizconde d'Arlincourt) vio una blanca piedra cubierta por una negra cruz (*Emilio*). Los lirios crecían en redondo, y el poe-

ta coge uno y lo junta con la rosa. Una flor es símbolo de la muerte, otra de la juventud; y el poeta al verlas exclama, veintidós siglos después de Platón, que "la alegría es hermana del dolor!"

No nos gusta la balada *El niño y la muerte*, claramente imitada del alemán, diálogo entre un niño "gracioso, flor de Mayo, sentado en la ribera de un río, siguiendo con la vista las flores que va echando á la corriente," y un viejo, sin carne, vestido de blanco, que surge de repente de las aguas. El viejo lo convida á que se vaya con él, y el bebé contesta que no, porque mamá se aflige. Por fin cede á las instancias de la muerte (1).

Tal una blanca azucena, etc.

y los lamentos de cartulina.

La originalidad brilla en este poema por su ausencia. Y ¿cuál será ese río que ahoga á la tierna víctima en sus caudalosas ondas? El Cefiso es un hilito de agua que se arrastra sobre la arena; el Eurotas, con su puente de un solo arco y sus transparentes ondas, vadeables en todas partes, no sirve tampoco; el Iliso está muriéndose de sed, y á la fuente Aretusa hay que darle el vaso de agua que Alejandro Dumas le recetó al Manzanares. Pero pasemos á otra cosa.

Donde TYPALDOS encuentra acentos personales es cuando elige sus asuntos en el mundo en que vive. ¡Qué expresiva originalidad, qué comunicativa emoción en la elegía titulada *El Klephté llevado al suplicio*! Aquí los afectos, el andar del estilo nos anuncian á cada estrofa, á cada verso que el sitio de la escena no es un punto indeterminado. No es un personaje abstracto, una personificación lo que tenemos delante, sino un griego, un heroico bandido de la montaña, condenado al último suplicio para expiar el crimen glorioso de haber amado á su Patria. ¡Cómo se eleva y se engrandece esa víctima del despotis-

(1) Muerte en griego es masculino. No se quejarán las señoras.

mo, por la conmovedora fe en la existencia de una vida futura! ¡Qué seguridad y qué valor nacidos de la convicción de que no todo concluirá para él en el momento en que las balas homicidas le partan el corazón! ¡Eso sí es poesía!

Después de saludar de paso á JUAN ZAMPELIOS, de Corfú, autor de una decena de dramas á lo Séneca, es decir, mejores para leídos que para representados; á ANDRÉS LASCÁRATOS, de Cealonia, enemigo de los políticos (en lo cual hace muy bien), y de toda religión, inclusive la verdadera (en lo cual hace muy mal), digamos una palabra sobre la escuela de Constantinopla.

Uno de sus representantes principales es ELÍAS TANTÁLIDES, que nació en 1818. Aunque á los veintiocho años se volvió ciego, ocupó con éxito nunca interrumpido la cátedra de literatura griega en la escuela de Chalke. Compuso una cantidad imponente de versos. Pero ¿qué puede esperarse de una musa griega que escribe en la capital del Sultán, temblando sin cesar de una paliza administrada por la autoridad competente? Allí no se producen sino poesías ligeras y festivas. Muchos escritores han intentado retratar la figura simpática y complicada del hombre poseído del demonio de los versos. Horacio y Regnier alcanzaron éxito completo. Va el retrato dibujado de mano maestra por Tantálides:

Míralo! Tiene enarcadas las cejas, fruncida la frente, los ojos ahuecados. Atención! Es un poeta! Pertenece en el ejército de las letras al regimiento de los jenizaros, ha empuñado las armas y quiere dispararnos una sátira. La pluma es un rayo devastador en su mano; el mundo entero se irá á la porra al primer amago. El verso se ha dado un tropezón. Esperad un instante. Ved cómo se impacienta, se irrita; mete la pluma cada momento en el tintero; mide sílabas con los dedos, cambia de cuartilla, se enjuga la frente inundada de sudor. Suspira, silba, se rasca, borra, escribe, torna á borrar, vuelve á escribir. Por fin! está inspirado.

Baja los ojos, sonrío, la pluma vuota, la Musa ha dado á luz. Ahora sí! salgamos corriendo. Necesita oyentes. Nos al-

canza! Nos alcanzó! Déjanos, poeta, déjanos! El recién nacido es un encanto, pero tén lástima de nuestros infelices oídos!

En la enumeración, forzosamente rápida, de los poetas que honran al reino novel, preciso es saludar con simpatía á los hermanos ALEJANDRO y PANAJOTI SOULTZO. Alejandro es poeta inspirado, patriota resuelto á todos los sacrificios, capaz de todo heroísmo, alma antigua, figura digna de Plutarco, y cuyos cantos revelan un Arndt, un Dérouléde, un Koerner. Citemos un pasaje:

Un viejo soldado, con un platillo de mendigo en la mano, apoyado en un bordón, con el zurrón á la espalda, decía al niño que le servía de lazarillo:—No apresures tanto el paso, no puedes seguirte. Tú tienes ambos ojos, piecillos fuertes, puedes correr como una gacela. Yo perdí la vista en Missolonghi, un obús me despedazó la pierna. ¿Dónde estamos, hijo? ¿Es de día ó de noche?—De noche, abuelito, y ya vamos á llegar á Nauplia.—A Nauplia!—¿Qué tienes, abuelo? Estás llorando.—Me acuerdo. Fui el primero que, con el sable entre los dientes, trepé al asalto de la fortaleza de Panamedes.

PANAJOTI SOULTZO se distingue por la aspereza lírica del verso. Su mejor obra es *El Peregrino*, poema melodramático del género de *Giaour* (lord Byron).

El nombre de los hermanos SOULTZO, popular en Grecia, es casi desconocido en Occidente. No le pasa lo mismo á RANGHABÉ.

Oriundo de Constantinopla (1819), profesor de Arqueología en Atenas, diplomático después, se hizo querer mucho en París y en Berlín, ciudades donde cumplió el encargo de embajador de Grecia.

Hizo versos en francés que los parisienses calificaron de *très distingués*, el peor elogio que se puede tributar á una obra poética. Tradujo al griego la *Jerusalén libertada*, el *Robinson Crusoe*, las *Vidas de Plutarco*, y el *Sin familia* de Héctor Malot, con lo cual hizo llorar á las muchachas de la calle de Hermes. En su idioma materno, es admirable por el colorido, la amable facilidad, la agilidad de la marcha, el espíritu burlón que impregna sus poesías.

Débase en gran parte á los consejos y ejemplos de RANGHABÉ la perfección de formas que ha alcanzado la escuela ateniense sobre sus hermanas jónica y de Constantinopla. No poco han contribuido á ello el esplendor de la Corte, los estímulos del Príncipe, los certámenes anuales de la universidad. Seamos justos. Mientras que los concursos de la academia francesa no han logrado producir jamás un Lamartine, ni aun un Sublamartine, de uno de los certámenes atenienses nació JORGE ZALACOSTAS, cuyo poema *Missolonghi* prometía un poeta verdadero. La promesa no resultó fallida como otras veces, y ZALACOSTAS llegó al primer puesto entre los poetas de la generación reciente. DEMETRIO PAPAŘIGÓPOULOS, cuyo nombre sólo es una canción, y que, para vengarse de su apellido, escribe elegías tristísimas; ORPHÁNIDES, á un tiempo profesor de botánica y poeta de la rama de Arquíloco, lo que prueba que la contemplación de la naturaleza no dulcifica el carácter; BASILÍADES, abogado de nota, y cantor, en el país de la luz y la belleza, de escenas brumosas del Norte, donde no ha estado nunca, impregnado de *spleen* y pesimismo. Ese viejo terco de Heráclito tiene la culpa de todo.

A salvar, á lo menos en parte, el hondo abismo que separa el habla popular del clásico griego de las antiguas edades, dedicó sus dotes egregias, no sin algún éxito favorable, el ateniense PARASCHOS. Este poeta no salió como pollito recién nacido de las *incubadoras* de la Universidad, se preparó en secreto, y se entendió cara á cara con el público. Se le censura la abundancia excesiva; defecto disculpable en el que nació bajo el cielo de fuego del Levante. Lamartine mismo, tan grande, tan puro, tan patético; Lamartine, víctima hoy de injusto descrédito; Lamartine, que no tardará en recobrar el puesto que se le debe; ¿no presenta idéntica exuberancia en las frondas de todo linaje, que se enredan y florecen en torno de las *Harmontas* y de *Jocelyn*?

En el punto de vista gramatical, el griego moderno se distingue por caprichos, elipsis temerarias, contracciones que desfiguran las palabras, y sobre todo, por galicismos, germanismos, britanicismos y otras pestes acabadas en *ismo*, eiusdem farinae. En las vecindades del teatro de Dionysos se leen avisos ponderativos del buen KOINAK (*coñac*) y del excelente TSOCOLATO (chocolate) de la casa Páulidis, el mejor especiero de Atenas.

En el momento en que estamos escribiendo estas líneas (Mayo de 1900) el problema de la lingüística, problema vital del que depende el porvenir de la literatura griega, está planteado netamente entre dos escuelas enemigas: los *Helenizantes*, que quieren volver á la lengua clásica, los *Romalizantes*, en que palpita el alma nacional, defensores de "la lengua pintoresca que habla el pueblo bajo, lengua candorosa, indisciplinada, pero radiante del sol de la mañana" (1). Lleva en alto la bandera de la causa *romalizante* la escuela epirota, última de que nos toca hablar, y la que tiene todas nuestras preferencias. A ella perteneció RHIGAS, ya mencionado arriba; á ella escritores y poetas de primera línea: JUAN VILARAS, médico del tirano turco Ali, ESPIRIDIÓN TRICOUPI, su homónimo ESPIRIDIÓN PIGNATELIS, uno de los primeros publicistas de Atenas, DEMETRIO BIKELAS, traductor de todo Shakespeare.

Ya lo hemos dicho: todas nuestras simpatías están en favor de la lengua y la literatura epirotas. Todo juez imparcial no ofuscado por prejuicios ú oscurecido por espíritu de partido tendrá que convenir en que un pueblo debe conservar el vocabulario que usa la inmensa mayoría de los ciudadanos, en lugar de obstinarse en balbucir un idioma muerto hace dos mil años. Imbuídos en sus sistemas, deslumbrados por los aspectos seductores de los pe-

(1) *Revista de Ambos Mundos*. Junio de 1899. Art. de M. Phileas Lebesque.

¡Todos clásicos, los sabios oficiales objetarán en vano la superioridad de las formas verbales cuya tardía resurrección quisieran producir. ¿Quién será osado á negar, por superficiales que hayan sido sus estudios, la excelencia abrumadora, indiscutible de aquella lengua griega, madre de las obras maestras del género humano en el siglo V antes de la era cristiana, sobre un idioma en estado de formación, amalgama informe de todas las lenguas de los vencedores, de los invasores, de los turistas y agentes viajeros de todo el orbe conocido? Pero esa no es la cuestión. Trátase de saber si todos, desde el Rey de Grecia hasta el último pastor de Acarnania, pueden entrar á la escuela á aprender desde los rudimentos la lengua de Tucídides y Jenofonte. ¿Cómo por medio de un idioma que bastó á las ideas y al corto número de objetos conocidos de los antiguos helenos, designar todo lo que abarca la civilización moderna y sus múltiples necesidades, complicadas cada día más por los descubrimientos incesantes de las ciencias? Dos civilizaciones se superponen, pero no se confunden cuando uno quiere, y es ilusión infantil la de remontar el curso de los siglos. Que los griegos actuales cuiden de su pasado, tan bello como glorioso; pero que lo guarden en el museo de antigüedades. A visitarlo irán todos los hombres de talento, corazón y gusto, y vendrá á ser un santuario intelectual á que peregrinará toda la tierra. Pero ¡por Hephaistos! no esperemos nunca que el cochero de un simón estacionado cerca del Jardín Real hable como el hijo de Clinias.

El porvenir es de los romaizantes, cuyo será el éxito final. Publicistas, noveladores, poetas, se agrupan al rededor de la nueva bandera; los diarios, las revistas, con el entusiasmo y la elocuencia propios de las causas justas, multiplican sus llamamientos al buen sentido popular. En primera fila figuran *El Hogar* (ΕΣΤΙΑ) y *El Arte* (ΤΕΧΝΗ), que luchan sin descanso contra la tendencia anticuada.

¡Salud, brillantes campeones! Vuestros nombres, vuestras biografías, el análisis de vuestros escritos requeriría un estudio tan largo como el que acabamos de escribir. Vuestros triunfos serán honra para la

Divina Poesía

De agreste soledad habitadora (1).

v. JEANROY-FÉLIX

Informe

DEL RECTOR AL EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Bogotá, Diciembre 4 de 1907

Sr. Ministro de Instrucción Pública—Presente.

Por el digno conducto de usted, me es grato informar al Excmo. Sr. Presidente de la República, Patrono del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de la marcha del Instituto durante el año escolar que acaba de cerrarse.

ORGANIZACIÓN Y PERSONAL DOCENTE

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario fue fundado el 18 de Diciembre de 1653, por el Ilmo. Sr. Maestro D. Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de Bogotá, sobre el modelo de los colegios mayores de España. El Fundador levantó á su costa el edificio, dotó al Colegio de capitales y rentas cuantiosísimos, y le dio Constituciones tan sabias que no han necesitado alterarse al través de dos siglos y medio. En 1893, la Consiliatura, de acuerdo con lo previsto por el Fundador mismo, en obediencia á la Ley 89 de 1892 y con aprobación del Presidente de la República, dictó las nuevas Constituciones que en nada derogan las antiguas y apenas las explican y complementan.

(1) El original dice, citando á Eduardo Pailleron:

O poésie ailée et qui nous vient du ciel,
Langage de l'azur, du vent et de l'espace.

Bello escribió mucho antes que Pailleron.